

N O V E L A

Morir
en
Japón

Morir en Japón

*Biografía novelada del Beato acapulqueño Fray
Bartolomé Días—Laurel, primer mártir beatificado de la
Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo de
Michoacán.*

Autor:

Fernando Pérez Valdez

Asesor del proyecto:

M. R. P. Fr. Eulalio Hernández Rivera O.F.M.

Ex – Ministro Provincial

*Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo de
Michoacán*

*Edición realizada por la
Arquidiócesis de Acapulco*

IMPRIMATUR

+Carlos Garfias Merlos

Arzobispo de Acapulco

NIHIL OBSTAT

Pbro. Lic. Juan Carlos Flores Rivas

Canciller Arzobispado de Acapulco

Derechos reservados México 2011

*Prohibida su reproducción parcial o total sin el permiso
del autor*

fpvaldez@prodigy.net.mx

>>>><<<<<

*“La actividad misionera representa aún hoy día
el mayor desafío para la Iglesia.”*

Juan Pablo II

Carta encíclica “*Redemptoris missio*, sobre la permanente
validez del mandato misionero”. Ioannes Paulus PP. II.
Ciudad del Vaticano, 7 de diciembre del 1990.

>>>><<<<<

NOTA DEL AUTOR

En toda novela biográfica, se mezclan los personajes reales con los ficticios y aún cuando de manera general los eventos que se relatan son ciertos, no deben tomarse como una descripción exacta y fiel de los hechos, porque entonces dejaría de ser una novela para entrar en el terreno de la crónica.

El novelista inventa, sueña, imagina y narra su versión particular de cómo cree que debieron de haber sucedido los hechos.

CAPITULO I

Villa de Acapulco, a principios del Siglo XVII

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —gritó el niño mientras corría calle abajo.

Bartolomé se asomó y alcanzó a ver a su amigo, quien en medio de su carrera alcanzó a decirle:

—¡Ya está llegando!

Bartolomé salió a toda prisa de su cabaña y a duras penas pudo correr tras de su amigo que se dirigía hacia la costa.

Corrieron un rato entre la maleza. Después bordearon los peñascos hasta situarse en la parte más alta de la Punta del Grifo, sitio privilegiado desde donde podían admirar el imponente Mar del Sur.

Destacaba contra el azul del océano, la cercana isla de Chinos y justo por en medio del estrecho, pudieron admirar el majestuoso galeón que hacía su entrada triunfal a la Bahía de Santa Lucía.

Durante un buen rato estuvieron observando las maniobras del gigantesco buque de madera, de unas cuarenta varas de eslora, el cual iba entrando lentamente en la hermosa bahía en forma de herradura.

Al llegar al puerto, los tripulantes del galeón arriaron las inmensas velas sujetas a tres largos mástiles cuya mayor altura alcanzaba casi las veinte varas.

Finalmente, los marineros arrojaron las anclas por lo que la colosal nave quedó completamente inmóvil.

Una vez fondeados, de inmediato comenzaron a descender del barco los marineros y a descargar los preciosos tesoros traídos del oriente.

Bartolomé y su amigo corrieron entonces hacia el malecón para ver de cerca aquellas exóticas mercancías que parecían sacadas de un cuento de hadas.

Era todo un acontecimiento la llegada del galeón de Manila. Como cada año, a finales de diciembre o principios de enero, después de varios meses de travesía, el galeón procedente de Filipinas arribaba al puerto de Acapulco, que entonces se convertía en un hervidero.

La población, normalmente pequeña, se triplicaba y llegaban compradores de tierras lejanas.

El *Parián* de Acapulco se convertía en una tierra de maravillas, cuya actividad duraba uno o dos meses después de la llegada de la nave.

—Mire —decía un comerciante con marcado acento extranjero—, este precioso cofre laqueado traído directamente desde China.

—También traigo abanicos, cajoneras, arcones y preciosos joyeros laqueados, todo del Japón —agregaba el comerciante—. ¿Qué quiere usted? ¿Peines? ¿Cascabeles? Vea estos hermosos biombos, admire estas escribanías y vea que hermosura de porcelanas.

Más adelante, otro comerciante ofrecía su mercancía.

—Le vendemos aromáticas especies —le decía a un noble español, quien con sumo cuidado olía una muestra de aquellos productos.

—Traigo clavo de olor, para la dolencia de muelas, insistía el comerciante—. Admire el atractivo olor de esta

pimienta de la India y también tengo canela de la isla de Ceylán.

La feria de Acapulco era un evento esperado por todos. Aun cuando muchos de los productos que llegaban eran artículos de lujo y estaban destinados sólo a las familias más adineradas, toda la población acudía al Parián aunque fuera sólo a admirar aquellas mercancías.

Otro comerciante extendía unas magníficas alfombras persas, en tanto que más adelante se ofrecían telas y objetos de seda traídos de China.

Con la llegada del galeón, en el Parián se ofrecían los más exóticos productos traídos del oriente: lana de camello, cera, marfil labrado, bejucos para cestas, jade, ámbar, piedras preciosas, madera y corcho, nácar y conchas de madreperla, fierro, estaño, pólvora y frutos de China, entre otros.

Largas horas permanecían Bartolomé y su amigo en el muelle, observando las maniobras que realizaban los marineros para descargar la mercancía del galeón.

Entre el incesante ir y venir de personas que desembarcaban y de mercancía que era bajada, vieron desembarcar a dos Frailes Franciscanos que regresaban de un viaje misionero al lejano oriente.

Al bajar, los Frailes tuvieron que arremangarse los hábitos para saltar al malecón.

Se notaban sumamente cansados por el largo viaje en alta mar de casi seis meses, durante los cuales habían enfrentado grandes peligros, como los tifones y enfermedades.

No llevaban pertenencia alguna. Sólo el cordón de sus hábitos con los tres nudos, que les recordaban los tres votos de la Orden de los Frailes Menores, también conocida como Orden Franciscana: pobreza, castidad y obediencia. Su calzado consistía en unas gastadas sandalias.

Bartolomé miraba con entusiasmo y admiración a los Frailes.

—Algún día seré misionero y me embarcaré en ese galeón —le comentó Bartolomé a su amigo.

—¡Ah, sí! Y seguramente también hablarás chino —le respondió burlonamente.

—Al menos lo intentaré —dijo Bartolomé con mucha seguridad y sin apartar la vista de aquel barco que inflamaba sus sueños.

CAPITULO II

—Yo no sé, Padre Guardián, si este muchacho realmente sepa lo que nos está pidiendo al querer ingresar a nuestro Convento.

Mientras hablaba, el Vicario se balanceaba de un lado hacia el otro, como un péndulo. A cada paso que daba, su rechoncha figura parecía perder el equilibrio.

—Yo creo que el joven Bartolomé tiene mucho interés en ingresar a nuestra Orden —respondió el Padre Guardián—. Quizá le falte un poco de madurez, en eso le concedo razón, pero definitivamente yo sí veo en él a un buen prospecto.

El Padre Guardián y el Vicario se encontraban en el Convento de Santa María de Guía en Acapulco.

Hacia muy poco tiempo que la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, perteneciente a la Orden de los Hermanos Menores, se había hecho cargo de dicho Convento.

—Lo que debe darnos gusto es que en tan poco tiempo ya se estén dando vocaciones en estas tierras —dijo el Padre Guardián.

La huerta por donde caminaban era muy frondosa. El favorable clima y el agua en abundancia, hacían que crecieran las palmas, las anonas, los zapotes, los guayabos y muchas otras plantas y árboles.

Tras pasaron la puerta e ingresaron al Convento.

—Quizá deberíamos dejar que haga la prueba y enviarlo al Noviciado de San Buenaventura, en Valladolid —dijo el Padre Guardián.

Entraron al pequeño patio del Claustro, en que unos naranjos y un limón brindaban acogedora y refrescante sombra. Al centro había una cruz de madera con su peana de cal y canto. Alrededor estaban las celdas de los Frailes, seis en total, más la Sala Guardianal. Pasaron a un lado de la cocina, la bodega y la librería.

—Nombre demasiado pomposo para este lugar —había dicho en cierta ocasión un Fraile, cuando revisó el contenido de la librería: una Biblia en pedazos, el libro de la Concordia Espiritual, un libro de Sermones de Adviento, un Manual y el libro en que se asientan las partidas de terceros.

—Cinco libros y nada más —había sentenciado lastimosamente el Fraile.

El Padre Guardián y el Vicario siguieron avanzando y entraron en la Sacristía.

—Pero ¿qué pasará si el joven no tiene vocación, Padre? —preguntó el Vicario al tiempo que penetraban en la Sacristía.

El Padre Guardián pasó junto a las imágenes de San Francisco y de San Antonio que se utilizaban en las procesiones de los Hermanos de la Tercera Orden, llamados también Terciarios o Tercera Orden de la Penitencia, así como la del Nazareno que se utilizaba para el vía crucis.

—Vocación tiene de sobra —respondió el Padre Guardián mientras acomodaba los ornamentos en las cajas artilleras—, de otra manera no sería tan insistente en su

deseo de ingresar a la Orden. Es cierto que es muy joven, pero lo compensa ampliamente con su entusiasmo.

Entraron a la pequeña nave del templo. Hicieron una reverencia frente al Altar principal y dirigieron una oración a la imagen de marfil de Nuestra Señora de Santa María de Guía.

Esta bellísima imagen, que lucía imponente su corona imperial de plata de tres onzas y media, había sido traída desde las islas Filipinas, en donde se veneraba esta advocación de la Virgen, en el templo consagrado a ella entre las ciudades de Cavite y Manila, en el archipiélago filipino.

Dieron la vuelta y pasaron ante el Altar de San Francisco de Asís con su halo de plata y el de San Antonio de Padua con la hermosa imagen del Niño Jesús con sus tres potencias.

Un poco antes de la salir del templo, rodearon las demandas con la estampa del Seráfico Padre San Francisco, en donde se solicitaba la limosna de los asistentes.

Salieron al Atrio, en donde se encontraron frente a la cruz de hierro del camposanto.

—Es verdad, Padre —dijo el Vicario—, pero a veces la juventud no nos deja ver con claridad el camino a seguir.

—Dejémoslo en manos de Nuestro Señor Jesucristo —finalizó el Padre Guardián—, seguramente Él sabrá qué es lo mejor para el joven Bartolomé.